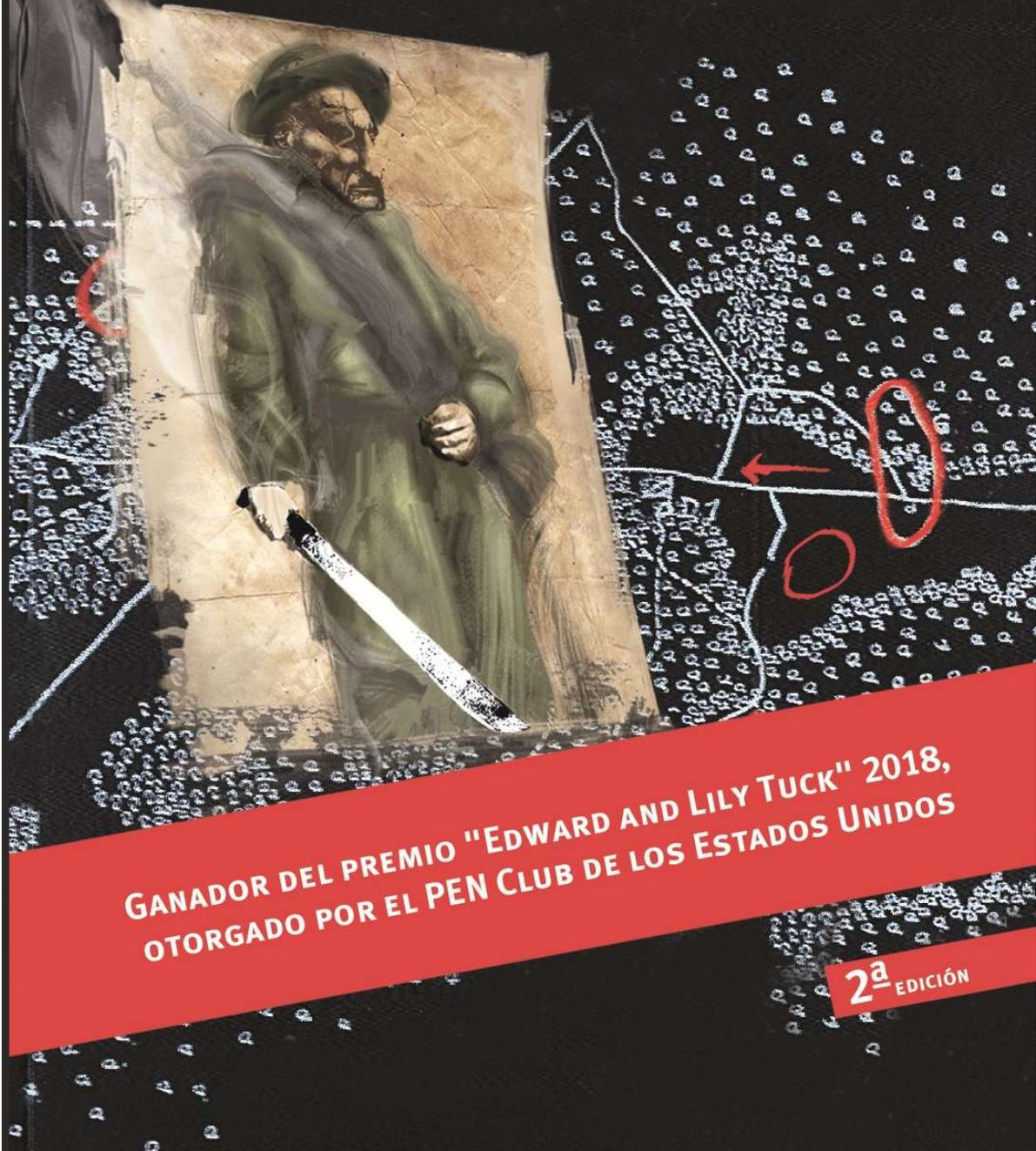


JAVIER VIVEROS

Fantasmario

Cuentos de la Guerra del Chaco



GANADOR DEL PREMIO "EDWARD AND LILY TUCK" 2018,
OTORGADO POR EL PEN CLUB DE LOS ESTADOS UNIDOS

2^a EDICIÓN

PRÓLOGO

El libro *Fantasmario*, de Javier Viveros, nos presenta un conjunto de cuentos sobre la terrible contienda del Chaco, y nos enfrenta a un escenario dantesco nunca antes logrado en una obra de esta naturaleza. En efecto, se suceden —unas tras otras— situaciones límites de la condición humana, describiendo la crueldad de seres llevados a la desesperación por la sed, la metralla y los bombardeos aéreos. En medio de indecibles sufrimientos se manifiestan —de pronto— el amor al prójimo y la compasión.

La selva inextricable con sus matorrales infestados de cactus, caraguatá y otras plantas espinosas complican la lucha y la supervivencia de los soldados rodeados de una naturaleza inhóspita.

Aquí, como suele suceder en otros casos, no se habla de nacionalismos ni patriotismos ostensibles. Más bien el autor se ciñe a parámetros que se basan en la tragedia y el terror alucinante de los acontecimientos históricos.

Viveros ha estudiado y analizado a fondo los documentos sobre la guerra y ha seguido el movimiento y las estrategias de las batallas con sus peripecias y escaramuzas; es así que aparecen revelados en su total desnudez personajes como los cobardes (que se automutilan), los exaltados por la locura bélica, los héroes del momento y los hombres que han sido arrastrados contra su voluntad a esta situación infernal. Se menciona también el caso del voluntario argentino Dr. De

Sanctis, que deja a su familia y a su novia para alistarse en esta contienda ajena a su patria.

Como si lo ocurrido en el pasado hubiera quedado grabado en un plano supratemporal y se pudiese desgrabar como en una cinta magnética en el momento de la escritura, Viveros nos desvela los acontecimientos aciagos de la contienda. Aparecen los personajes míticos —casi sobrenaturales— como el Pombero, que paralizan con su mágico magnetismo el alma de los patrulleros nocturnos. Y como una aparición venida de otra dimensión se narra el caso de los camiones fantasmas que chocan y se diluyen en la nada.

No faltan los momentos poéticos en medio de la selva hostil, como en el cuento de la flor de coco de los pesebres de Navidad. Por otra parte, la atmósfera de terror casi metafísico que logra con su inconfundible estilo no tiene ningún parangón en la narrativa paraguaya. Se profundiza en la psicología de cada personaje y se revelan las más ocultas lacras del cuerpo y el alma de los combatientes. En pocas palabras, más allá de que estos seres hayan sido paraguayos o bolivianos (y enemigos acérrimos) surge una visión humanista que se superpone al odio y la carnicería descrita en estos episodios.

El gran mérito de este escritor es el dominio del lenguaje narrativo y el haber encontrado el tono justo para describir la crueldad humana, con cierto dejo de ironía.

Oswaldo González Real

Miembro de la Academia Paraguaya
de la Lengua Española

**FANTASMARIO:
LA GUERRA DEL CHACO O SE REQUIERE MÁS
VALOR PARA SUFRIR QUE PARA MORIR**

Javier Viveros nació en Asunción en 1977. Es máster en Literatura por la Universidad Nacional de Asunción aunque egresara como ingeniero informático. Se le considera uno de los puntales de la literatura paraguaya del siglo XXI y uno de los máximos representantes de una narrativa emergente desde hace más de una década, nacida desde el mundo urbano, juvenil y las costumbres populares contemporáneas alejadas de lo rural y de la tradición, tan presentes en la ficción de su país, sin ignorar su sustancia y su choque con la modernidad.

Se desenvuelve con solvencia en el relato corto, aunque también haya escrito poesía, guiones de teatro (*Flores del yuyal*, 2018) y cine, y literatura infantil. También ha destacado como editor y guionista de novela gráfica, con *Pólvora y polvo* y *Epopeya binacional (La Guerra del Chaco vista por historietistas bolivianos y paraguayos)*, publicado en 2016. Fue también editor de *Punta karaja* en 2012, una antología de cuentos paraguayos de fútbol muy interesante y fundamental para los amantes de la literatura de ficción sobre este deporte. Sus cuatro libros de poesía son *Dulce y doliente ayer* (2007), *En una baldosa* (2008), *Mensajeámena* (2009) y *Panambi ku'i* (2009).

Ha publicado cinco libros de relatos, el último una antología, y ahora se encuentra actualmente en proceso de finalización de su primera novela. Su ópera prima fue *La luz marchita*, editada en 2005, donde se aprecia una prosa por madurar y un estilo por depurar, aunque definido, y quizá demasiado influido por celebridades de la narrativa del país como Augusto Roa Bastos, como se aprecia en el relato “Sepultura en la niebla”, a la que siguió *Ingenierías del insomnio* en 2008, en coautoría con su hermana Diana Viveiros. Su primer editor, destacó la frescura y el olor a vestuario de fútbol, sin retórica gratuita, de “Fútbol S.A.”, y el carácter transgresor de la protagonista de “La otra Penélope”, una paraguaya emigrante a España, que a su vez abandona la sumisión al macho y la conducta moral pacata heredada del catolicismo. Es una nueva Penélope que abandona a su esposo borracho y a los hijos a cambio de una vida independiente, urbana y libre. También incluye un excelente relato breve sobre el miedo, “De polvo eres”.

El libro que llamó la atención hacia Viveiros fue *Urbano, demasiado urbano* (2009). El título, glosa de *Humano, demasiado humano* de Nietzsche, asocia lo humano y lo urbano. Ese espacio citadino es la Asunción de hombres y mujeres por el asfalto y en las redes electrónicas. La cita inicial de Max Jacob ya alude a un alejamiento del exotismo rural por parte del autor, que por medio de diez relatos nos revelará ese mundo de la urbe, con la crítica a los medios de comunicación por su sensacionalismo y la cosificación y pérdida de identidad del ser en “El cobarde de la línea 31”. El mundo de los autobuses de la ciudad está

presente, como en “Teju’i”, lleno de neologismos del mundo informático como *googlear*, o expresiones extranjeras internacionalizadas como *a full*, con el habitual guaraní. La sublimación de lo nocturno también ocupa un espacio preferente (“Cuando un hijo en un arrebató”).

La cultura popular urbana se advierte, por tanto, como un referente que persigue la creación de Viveiros. Así, “Bookcrossers”, se inspira en el tema de la moda. El ejercicio de esta actividad en Paraguay es un pretexto para el despliegue de diálogos fluidos e intensos que en realidad esconden un relato del subgénero negro. O el mundo del fútbol de “Cinturón cohete” que acaba en un escenario del derbi Cerro Porteño-Olimpia, los dos grandes rivales de la capital paraguaya.

También ocupa un lugar importante lo intrahistórico, que posteriormente será determinante en las narraciones de *Fantasmario*, como las vivencias del joyero Ramírez el día del atentado contra el expresidente exiliado nicaragüense, Anastasio Somoza. “Misterio JFK”, finalista del Premio de Cuentos Juan Rulfo 2009, está localizado en Estados Unidos, “nación repleta de asociaciones creadas por millonarios excéntricos”, como dice el narrador, sorprendiendo así al lector con afirmaciones alejadas de tópicos vertidos sobre el país, como su imperialismo. Las peripecias del protagonista como asistente a un congreso literario en el aeropuerto de Nueva York, hasta lo kafkiano, es un claro afán de denuncia de la soledad del individuo y su despersonalización entre la informe masa. “Asunción era una fiesta”, cuyo título evoca el de la

obra de Hemingway ubicada en París, como forma de reivindicar la capital paraguaya como ciudad, es un gran relato inspirado en el tema de los “peligros de la red”, expresa en un esquema incluso la estructura de la narración. El misterioso caso de las fotografías y vídeos publicados en Internet es un misterio para el sorprendido lector. Todo ello con recursos narrativos vanguardistas, que lo alejan de una prosa referencial o lánguidamente retoricista, ya depurada en relación con su primer libro.

Su siguiente libro de relatos fue *Manual de esgrima para elefantes* (2010), publicado en España y Argentina, además de en su país. Es un libro nacido de la convivencia del autor con África y sus gentes. De esa forma, Viveros atraviesa la geografía que va de Senegal y Ghana hasta Tanzania, pasando por el Congo o Ruanda. Si el anterior libro ofrecía un marco urbano y una toma en consideración de la cultura popular actual, resulta curioso el siguiente con cuentos escritos por un paraguayo localizados en África con un carácter compacto. Por los relatos circula la magia africana en “Déjà Vu[-dú]” para confrontar la mentalidad autóctona con la occidental, el tema más recurrente del libro, junto a la variedad de registros lingüísticos empleados. “La lista”, ubicado en Kinshasa, está escrito con un lenguaje colonial latinoamericano, argentino en concreto. La magia de “Sepultando a Kweku Mensah” es vivida por un emigrante paraguayo en Ghana. “Primera semana” combina distintos procedimientos de la escritura de las redes sociales, como Twitter, el correo electrónico o el chat, para describir las experiencias

personales del narrador. El conflicto de Ruanda es el tema de “Ruándicas”, con el desdoblamiento de la voz del personaje y el empleo de la segunda persona, y el remordimiento ante las matanzas padecidas por los tutsis. En “Un pecado capital” se denuncia el poder económico del candidato republicano estadounidense, cuyos negocios con el coltán le han aupado a la conquista del poder. En “Passing shot” es visible la incapacidad de los africanos para progresar en un deporte elitista como es el tenis, pero su cursi clase alta lo practica. La mentalidad mágica heredada de lo indígena africano está presente en “Fantasmas”, con el significado de ser albino para los tanzanos. Las posibilidades del emigrante frente a esas mentalidades se ven en “Una de Nollywood”, un relato sobre la ilusión y la frustración. Esa misma frustración de quien no logra pisar su tierra prometida es el tema de “París-Dakar”.

En 2015 se editó *Fantasmario*, con la aureola de haber obtenido tres años después el Premio PEN / Edward and Lily Tuck para literatura paraguaya, y por ello su reedición. Entre ambas, vio la luz la antología de sus relatos *Por debajo del radar*, confirmación de su trayectoria dentro del cuento latinoamericano. Su estilo con suficientes y variopintos recursos lingüísticos y estrategias narrativas, su abandono de temáticas rurales paraguayas e incluso de su universo cerrado, su circunscripción al ámbito urbano, con sus luces y semáforos, las costumbres actuales con las redes tecnológicas, su penetración en la mentalidad de sus personajes y en sus interioridades con el objeto de ofrecer un fresco latente de los seres humanos,

provocan el interés del lector y de la crítica, que ya ha empezado a valorarlo también en el exterior.

No hay isla sin mar en su narrativa.

La Guerra del Chaco en la narrativa paraguaya

Dado que *Fantasmario* es un libro de relatos sobre la Guerra del Chaco, por lo que se añade a toda una tradición literaria con el conflicto como tema, se hace necesario un repaso a su recurrencia en la narrativa paraguaya. Siendo un conflicto que marcó un antes y un después en la historia del país, y que le otorgó una victoria alimentadora de la autoestima nacional después del duro golpe de la derrota en la guerra de la Triple Alianza sesenta y cinco años antes, era obvio que debía dejar huella en su literatura. Sin embargo, hace décadas que se repite un lugar común –erróneo– en la historización de la literatura paraguaya: la rotundidad con la que se dio por supuesta la debilidad de la aparición en ella de la Guerra del Chaco entre Paraguay y Bolivia, acaecida entre 1932 y 1935. Posiblemente se debiera al afán por diferenciar rasgos propios individualizadores de una narrativa que no tenía quien escribiera sobre ella en el exterior del país y, sobre todo, con la perspectiva necesaria para establecer una causalidad relacional entre el conflicto bélico y el hecho literario.

Para Hugo Rodríguez Alcalá, sólo Arnaldo Valdovinos y José Villarejo publicaron novelas sobre el conflicto². Josefina Plá hace hincapié en que no se produjo un ciclo literario como en Bolivia con las obras

² Hugo RODRÍGUEZ ALCALÁ: “La narrativa paraguaya. Siglo XX”. En *Narrativa Hispánica*. Guiraldes, Carpentier, Roa, Rulfo. Madrid, Gredos, 1973, p. 193.

de Augusto Céspedes y Óscar Cerruto, arguyendo que sólo dos autores paraguayos publicaron tres obras durante la contienda: *Bajo las botas de una bestia rubia* (1933) y *Cruces de quebracho* (1934), ambas de Arnaldo Valdovinos (1908-1991) y *Ocho hombres* (1934) de José Santiago Villarejo (1907-1996)³. Rodríguez Alcalá añade con acierto a éstas el libro de cuentos *Hoohh la saiyoby*, publicado en 1944 pero escrito en 1935, también de Villarejo.

El asunto de la falta de un ciclo novelesco sobre la Guerra del Chaco en Paraguay no es tan sencillo ni tan simple de explicar. Es normal que durante la guerra no se escribieran demasiadas obras cuando los jóvenes luchaban en el frente. Y si examinamos el porcentaje de publicaciones citadas, tampoco es pequeño en relación con las publicadas en esos tres años en el país: a las cuatro obras sólo podemos añadir unos cuentos de Julio Correa y una novela de Lucio F. Mendonça autoeditada de forma casera en Argentina. Por tanto: estamos ante el altísimo porcentaje del sesenta y siete por ciento. La insustancialidad y la ligereza crítica han producido confusiones curiosas. Es cierto que los intelectuales paraguayos en sus artículos contemplan que la guerra es absurda y que es un conflicto que Bolivia nunca debería de haber iniciado. Se suceden las proclamas periodísticas donde se critican las razones del enfrentamiento, por lo que se ha dado por supuesto que la narrativa de ficción no dio grandes frutos. Y la obra más representativa de esta vertiente es precisamente

3 Josefina PLÁ: "Evolución intermedia". En Viriato Díaz-Pérez: *Literatura del Paraguay (II)*. Palma de Mallorca, Luis Ripoll, 1982, p. 95.

Bajo las botas de una bestia rubia de Valdovinos. Ahí queda un nuevo error al incluirla como una de las tres o cuatro obras de la guerra, cuando es un conjunto de artículos periodísticos de carácter reflexivo acerca de la guerra, con toques barbussianos pacifistas.

¿Por qué es un error cuando al fin y al cabo es literatura? No se debe a su inclusión como literatura sino a que, si pretendemos ser rigurosos con un criterio, también deberíamos situar en el mismo plano artístico las cinco obras testimoniales próximas a las memorias publicadas durante este período o durante los meses posteriores a la finalización de la contienda. No se puede dejar de relacionar la obra de Valdovinos, muy ensayística y personal, con la proliferación de relatos autobiográficos que pretenden reflejar las experiencias personales desde un punto de vista épico y pretensión de veracidad, no siempre conseguida.

En todos ellos, teóricamente hay menos ficción que intrahistoria o autobiografía. En algún caso se habla de quince obras semejantes, pero es un dato por contrastar. Se introducen en la realidad menos idealizada de la vida paraguaya, aunque su crítica sea siempre tenue salvo en el absurdo de la guerra. Las cinco obras registradas son: *La selva, la metralla y la sed* de Silvio Massia, *Bajo el signo de Marte* de Justo Pastor Benítez, *Polvareda de bronce* de José Dolores Molas, *Infierno y gloria* de Rigoberto Fontao Mesa, y *El iris de la paz o los mercados de Ginebra en el Chaco* (Novela histórica) de Marco Antonio Laconich, firmada con el pseudónimo de "Ivanhoe". *Bajo las botas de una bestia rubia* de Valdovinos debe ser añadida a estas cinco.

En otro sentido, aunque José S. Villarejo cuente desde estrategias de ficción, sus obras poseen un gran parecido con estas memorias. Incluso los personajes tienen inspiración real, aunque den la impresión de haber sido extraídos de la invención solamente, dado que él mismo fue combatiente en el conflicto. Sólo el tono discursivo y la marcada estrategia de la autobiografía, con el yo del autor situado como narrador, diferencian las testimoniales de sus relatos.

Por tanto, cabe preguntarse por la existencia de un ciclo. Aunque no predomine la ficción, salvo en Villarejo, donde los problemas de los seres humanos quedan por delante de lo bélico y existe un sentido crítico dentro de la invención inspirada en la realidad, existe literatura en los años de la contienda y en los inmediatamente posteriores, algo que venimos reiterando desde hace lustros. Pero, además, la debilidad –o inexistencia– de estructuras editoriales en Paraguay, hacía imposible la publicación de un tipo de literatura más próxima a la ficción que al memorialismo admitido desde el conocido como novecentismo paraguayo.

También hay omisiones al confundir la posible existencia de un ciclo restringiéndolo a los años de la contienda. Existe un relato de 1936, el mismo año en que Augusto Céspedes publicaba su célebre *Sangre de mestizos*. Es “El abogado” de Vicente Lamas (1900-1982), hermano de Teresa Lamas, que vio la luz en la revista *Leoplán* en 1946, ambientado en la Guerra del Chaco pero de carácter fantástico, aunque refleja con veracidad las escaramuzas de los soldados y la dureza de la lucha en el terreno.

Pero aún hay más criterios a añadir a los estudios de literatura paraguaya existentes para darles toda la precisión histórica. Si eliminamos la acotación a los tres años de la contienda, la Guerra del Chaco ha sido un tema extendido con el paso de los años y se ha alargado hasta la actualidad. Como cualquier otra vivencia nacional: también la Guerra de la Triple Alianza. Pero sin patriotismos ensalzados: con historias personales, reales o no, que han tendido a subrayar la heroicidad de los seres de carne y hueso que no han pasado a la Historia en letras grandes o de oro. El mismo Villarejo publicó *Cabeza de invasión* en 1944. Aníbal Zotti edita en los años setenta dos novelas, *Siempre vivos* (1972) y *Éramos cinco* (1975), pensadas como memorias de un excombatiente (fue coronel) para mantener el recuerdo de los héroes anónimos y amigos, escritas por él años antes. Pero hay más trabajos, y no sólo testimoniales: una narrativa intensa que se alargó durante décadas. Lo atestigua el buen número de relatos del propio Hugo Rodríguez Alcalá incluidos años más tarde en *Relatos del Norte y del Sur* (1983) y *El ojo del bosque (Historias de gente varia / Historias de soldados)*, aparecido en 1992, aunque algunos de estos cuentos son de las décadas de los sesenta y setenta. En 1974 apareció una excelente novela, *La tierra ardía* (1974) de Jorge Ritter, dura aunque sin maniqueísmo, con una escena aterradora de enterramiento de un excombatiente.

Y no nos olvidemos de los diez relatos que Teresa Lamas incluyó con el conflicto de fondo en *La casa y su sombra* (1955), aunque seguramente escritos alrededor de los años posteriores a la guerra. Como se ob-

serva, no fue un tema ceñido a los hombres. La misma Josefina Plá posee relatos con el conflicto como marco, como “Cuidate del agua”, escrito en 1950 y publicado en *El espejo y el canasto* (1981). Ana Iris Chaves incluyó en *Crisantemos color naranja* (1989), “Doble expiación”, con un combatiente que hurta objetos personales de los cadáveres de los caídos, lo que nos da la dimensión de que la pequeña historia se nutre muy bien de argumentos derivados del conflicto bélico.

¿Y qué me dicen de *Hijo de Hombre* de Augusto Roa Bastos? ¿Está ubicada en la guerra europea o en la del Chaco? Lo expreso así porque si precisamente conocemos en Europa la dureza de la contienda y el sufrimiento de los combatientes es gracias a esta novela. El protagonista Miguel Vera nos ha hecho llegar todo el padecimiento de los soldados. Pero no es la única narración del autor con el conflicto de fondo. En *El trueno entre las hojas* tenemos los relatos “La excavación” y “Regreso”. Y esta obra se publicó en 1953.

Si avanzamos en el tiempo, Osvaldo Jaeggli publica en 1987 *Cuentos de la Guerra del Chaco y de otro tiempo*, con especial incidencia en el tema. Renée Ferrer incluyó “El vigía” en *Por el ojo de la cerradura* (1993), sobre el miedo. Las consecuencias también han ocupado su lugar, como en “El color de la angustia” de *Memoria sin tiempo* de Maybell Lebrón, en “Parte militar” de Lucy Mendonça, o en “Tierra en la piel” de Nidia Sanabria. “La sequía” y “No hay rastro” de Rodrigo Díaz-Pérez, de *Ingaví y otros cuentos* (1986), muestra sueños incumplidos y muerte.

Otros autores de los ochenta y novela que publicaron en estos años –lo que no significa que no fueran escritos muchos años antes– relatos con este fondo fueron Manuel E. B. Argüello (“Emboscado” y “Más allá de un retrato”), Margot Ayala de Michelagnoli en *Entre la guerra el olvido* (1992), Mario Halley Mora con la novela *El talismán* (1992), las secuelas de la guerra en “Reunión de familia” de Rubén Bareiro Saguier, incluido en *El séptimo pétalo del viento* (1984), o referencias en *La sangre y el río* (1984) de Ovidio Benítez Pereira, por no repetir la mención a las ediciones de Hugo Rodríguez Alcalá durante la última década del siglo XX. Incluso en una novela sobre la dictadura de Stroessner como *Celda 12* (1991) de Moncho Azuaga hay referencias a la contienda.

Para valorar debidamente el significado de la narrativa surgida a partir de la Guerra del Chaco, como tema o cronológicamente, nos sumamos a lo expresado por Hugo Rodríguez Alcalá y Rubén Bareiro Saguier, y refrendado por Teresa Méndez-Faith: la importancia que la Guerra del Chaco ha tenido en la renovación literaria posterior. Ciertamente es: a partir de la contienda ya no hay por qué esconder la realidad. Sin embargo, maticemos la afirmación en cierta medida. No es que no hubiera narrativa crítica con la realidad, ni que se anulara “la tendencia mistificadora e idealizante”; es simplemente que se deja de tener prejuicios a la hora de mostrar la realidad paraguaya en toda su carne viva, sin tapujos y sin envoltorios que la puedan suavizar porque la crueldad ya estaba presente cuando se hablaba de sus batallas.

Pero de aquella épica antibelicista de los años treinta, la Guerra del Chaco se ha ido fortaleciendo como un escenario para mostrar los mejores y los peores rasgos del ser humano, sobre todo en situaciones extremas. Incluso en ocasiones se ha acudido a cierto humor o al menos desenfadado para enfatizar toda una sucesión de personajes variopintos. Por ello, a partir del siglo XXI, la tendencia a mostrar historias individuales se intensifica. El Taller Cuento Breve, dirigido por Hugo Rodríguez Alcalá, dio a la luz un volumen titulado *Sin rencor - Cuentos sobre la Guerra del Chaco* (2001); una antología de integrantes del mismo sobre el tema: María Irma Betzel, Maybell Lebrón, Stela Blanco de Saguier, María Luisa Bosio, Lucy Mendonça, Luisa Moreno, Dirma Pardo, Yula Riquelme y Margarita Prieto Yegros, entre otras autoras. Precisamente esta posee algunos relatos en *Cuentos chaqueños* (2009). El tema se mantuvo vigente. Incluso se ha editado en julio de 2018 la antología *Mar fantasma* con relatos de veintidós autores bolivianos y paraguayos, aunque en el año 2000 se publicó otra en Chile, *Doce cuentos de la Guerra del Chaco*, a cargo de Carlos Coello Villa y el tristemente desaparecido Helio Vera, con seis narraciones de autores bolivianos y otras tantas de paraguayos.

Y una buena muestra de esta vigencia es este libro de Javier Viveros: *Fantasmario*.

Fantasmario o los humanos como espectros

Fantasmario está compuesto de dieciocho relatos, todos ellos sobre la guerra fratricida entre Paraguay y

Bolivia. Las heridas y consecuencias están en primer plano, presentes como germen de los cuentos. Para ello dispone de personajes diversos, de extracciones sociales, ocupaciones, profesiones o grados militares distintos. Un conjunto coral de historias individuales que nos ofrecen al ser humano como un espectro cuando se halla en situaciones límites.

Como expresa Osvaldo González Real en el prólogo de su edición asuncena, Viveros “nos presenta un conjunto de cuentos sobre la terrible contienda del Chaco, y nos enfrenta a un escenario dantesco nunca antes logrado en una obra de esta naturaleza”. Es una afirmación exacta y precisa del lugar que ocupa esta obra dentro de la narrativa paraguaya. Seres desesperados ante el sufrimiento por la sed, los bombardeos, los disparos del enemigo, la naturaleza inhóspita de cactus, caraguatá y quebrachos, los recuerdos y secuelas de la guerra, o los castigos disciplinarios, que, sin embargo, muestran la mayor parte de ocasiones bondad y compasión. No son héroes a gran escala: son personas corrientes con sus vicisitudes, virtudes y defectos, aunque en ocasiones salgan los instintos por mera supervivencia o porque existan en el alma. Por ello, estamos ante una obra llena de humanidad.

También podemos ensalzar el tratamiento de concordia entre los luchadores de ambos bandos contendientes. No hay maniqueísmo de banderas: nada de patriotismos ni nacionalismo, sino una visión de acontecimientos trágicos intrahistóricos. Se fusionan así personajes reales con otros ficticios, situados en el mismo plano, creando universos fantasmales, logran-

do la conjunción entre la realidad dura y adversa con lo espectral.

Incluso seres mitológicos como el Pombero parecen extraídos de la vida común. Por ello, en ocasiones Viveros desenmascara mitos nacionalistas. En el primer relato del libro, “El nuevo cofrade”, pone en entredicho la visión del guía sobre la batalla de Boquerón, una de las más cruciales de la contienda: “citando a un historiador postmoderno –un autor boliviano más adscrito al nacionalismo ramplón que a la ciencia histórica–”. Toda una declaración de cuestionamiento de la mixtificación histórica.

Rodrigo, el protagonista, tan racional y científico, ha de enfrentarse a las palabras sobre fenómenos paranormales que cuenta el viejo guardia del museo: el sonido de morteros escondido entre los árboles que se escucha en ocasiones. El poder de lo metafísico inexplicable acaba venciendo a Rodrigo, signo prosopeico de la pervivencia en la memoria natural de la Guerra del Chaco. Eso mismo ocurre con el testimonio sobre Vargas y un camión desaparecido misteriosamente en “Intratable”.

“Deshora” es una historia del frente contada por un viejo a su nieto, donde son palpables las huellas que dejó el conflicto en los combatientes. La terrible historia del patrullero Alvarenga es el argumento de “Encuentro”, con su enfrentamiento a la noche chaqueña poblada de sonidos, su visión del ser mitológico, el Pombero, y al avión Breguet boliviano y su vuelo de reconocimiento.

Entre las estrategias narrativas diversas utilizadas por Viveros, también hallamos lo autobiográfico, situándose él como narrador en “El Cid Estigarribia”, al comenzar por la cita de la preparación de la novela gráfica *Pólvora y polvo*, y contar su entrevista con un veterano de guerra y su encuentro con el mariscal Estigarribia en el desfile victorioso de agosto de 1935.

No siempre es un paraguayo el protagonista. En “Flor de coco” son bolivianos que acaban siendo prisioneros. “Desplazamiento del campo de batalla” es uno de los relatos más interesantes por su estructura: la enfermera de guerra Elsa Pérez narra, con el título de “Ella”, su historia con el Mago, a la que sigue como complemento el desenlace de su relación. En “La sentencia”, un narrador se dirige al lector directamente, al modo clásico, situándolo como juez imparcial. Es el testimonio de un testigo de la historia del soldado desertor Méndez. De la misma forma, el estilo epistolar se percibe en “Mejor así”, donde la novia de un capitán se le dirige, mostrando los cambios de personalidad producidos por la guerra.

Las narraciones de los enfrentamientos en el terreno entre los soldados suelen ser cruentas. La confesión periodística en forma de entrevista a un veterano de “Recordando al soldado Vargas” es un relato de trinchera. La aparición de Kundt, el asesor alemán de Bolivia en la guerra, y de Estigarribia es un modelo de estrategia para dar veracidad a lo relatado. También es una confesión “El motivo”, esta vez dirigido por un excombatiente que recuerda la pesadilla de la sed, un fantasma que convierte a un hombre en bestia, con una rúbrica no exenta de cierto sentido del humor. El

tremendismo no está tampoco ausente, como en “La última cena”, con un sorprendente “menú” al final, o en “Visión”, ubicado entre heridos en el hospital. El descriptivismo detallista permite el flujo de la narración de las peripecias de los combatientes, como en “Yvy’a”, uno de los cuentos más extensos y brillantes de la obra por su poder fabulador.

Pero no olvidemos lo fundamental que resulta el componente fantástico en una buena parte de los relatos. Milagros misteriosos como el de Celso en “Rectas coplanarias”, un relato que bien podría denominarse como el título del libro, por el dantesco panorama de fantasmas tras la batalla.

Ni tampoco elude Viveros el recurso al pensamiento aforístico. No es que sean abundantes, pero los distintos narradores recurren a ellos en ocasiones. El de “Saldo positivo” nos recuerda que los huecos de la historia podrán ser rellenados por la imaginación del lector. Toda narración personal o de acontecimientos es fragmentaria, unas veces por el olvido o el interés del protagonista y en otra por el desconocimiento completo de los sucesos acaecidos. Esto lo sabe muy bien Viveros, que no desperdicia la posibilidad de dejar con la duda al lector sobre lo acontecido. De esta forma, siempre establece el enigma al romper las barreras entre la ficción y la historia, y entre los universos real y fantástico, así como dirigir el discurso a un narratario, un destinatario o al lector directamente. Sitúa todo el conglomerado dentro de un marco formal que sigue los esquemas de presentación, nudo y desenlace súbito, habituales en el relato de ficción, aunque casi siempre el inicio dé paso a la

retrospección por tratarse de recuerdos del pasado o el inicio *in media res*.

Pero si un rasgo humano está presente es el llanto. Así comienza “Un secreto” (“llorar ante un desborde emocional es algo que solo podemos hacer los humanos”). El tío del narrador demuestra qué es la guerra con las consecuencias sobre su propio cuerpo. Para poner una rúbrica a este análisis de lo más relevante de cada relato, nos centraremos en el que cierra la obra: “Foja de servicios”. Es un cuento de una prosa brillante compuesta por frases breves independientes, en realidad yuxtapuestas, que resumen todo el pensamiento descrito en la obra, así como los hábitos derivados de la guerra. La última oración, “el agujero minúsculo por el que escapa su vida”, es el colofón más brillante del significado de la obra. Es la batalla, que deja viva la lucha incomprensible a lo largo del acumulativo discurso lleno de impresionismo. Es un compendio de lo padecido en una guerra incomprensible, del dolor y de los avatares, del sufrimiento hasta la extenuación. Bolivianos, paraguayos, traidores, cobardes, desertores, heridos, fantasmas, elementos de la naturaleza, caminan por estos relatos con una fuerza inusual.

Y sobre todo los fantasmas. Porque los personajes contendientes se comportan como tales durante su lucha contra el enemigo y el terreno inhóspito del Chaco. Al fin y al cabo, los seres humanos olvidan su propia vida en estas situaciones extremas, muchas veces por instinto de supervivencia. La guerra es tan incomprensible como la existencia de los fantasmas,

muchos de ellos interiores, daños psicológicos y físicos producidos por ella.

Fantasmario es un libro fundamental para entender la guerra desde dentro. Entronca con la mejor literatura antibelicista, pero no con proclamas o mensajes edificantes sino con el propio fluir de cada relato, ejemplificador del horror humano que significa. Una obra para guardar en la lista de obras fundamentales de la historia del cuento paraguayo.

José Vicente Peiró

Agosto de 2018

FLOR DE COCO

Toc, toc, toc. El sonido venía de muy cerca. Me tiré al suelo y el sargento hizo lo mismo. Toc, toc, toc. La brújula sonora nos orientaba hacia su ubicación. Luego de arrastrarnos un buen tramo me puse de rodillas y observé entre los arbustos. Toc, toc, toc. Un soldado pila³⁰, trepado en el árbol de coco, clavaba el machete una y otra vez cerca de la copa. Toc, toc, toc. Hice una señal al sargento y nos separamos. Una vez que estuvimos seguros de que el soldado estaba solo, llegamos hasta la base del cocotero. Toc, toc, toc. El soldado no se percató de nada, enfrascado como estaba en su labor. Está muerto el pila del demonio, gritó el sargento. Toc, toc... El soldado paraguayo miró hacia abajo y vio las armas que lo encañonaban. Tire el machete hacia allá y baje muy lentamente, sin hacer ningún ruido, porque no vamos a dudar en llenarlo de agujeritos. Sin perder tiempo, el pila obedeció mi orden. Bajó y puso los brazos en alto; pude notar que su mirada era

³⁰ Pila o pata pila, así llamaban los bolivianos a los paraguayos, porque solían ir descalzos.

la de un niño. Un brazalete de la Cruz Roja oprimía su brazo izquierdo y sobre su pecho, dentro de su uniforme verde olivo, sobresalía una fragante flor de coco. Nombre y rango, soldado. Pablo Muñoz, cabo de Sanidad. Mentira, mi teniente, este es un patrullero y usaba el árbol como torre de observación, bramó el sargento. El pila lo miró directamente a los ojos, parecía tranquilo, como indiferente al contexto. No es así, nuestro campamento está a unos seiscientos metros, vine a buscar esto, dijo y con el índice derecho señaló la enorme flor amarilla, sin dejar de levantar el brazo. Mi teniente, si este no es un espía, yo soy la Virgen de Charagua. Arrodílese, soldado. El pata pila lo hizo, siempre con los brazos en alto. ¿Cuáles son los planes de su unidad? ¿Cuándo van a atacar? No tengo idea, señor, trabajo en la enfermería, es 24 de diciembre, por lo que armamos un pesebre y yo salí a conseguir la flor de coco. El paraguayo hablaba, imperturbable, como si no tuviera el Máuser del sargento entre sus costillas ni mi revólver apuntándole el cráneo. ¿Y eso? ¿Qué tiene que ver una cosa con la otra?, dije y saqué el persuasivo seguro de mi arma. La flor de coco es un símbolo de la Navidad paraguaya, no puede faltar en nuestro pesebre. Empezaba a exasperarme su pasividad bovina. ¡Eso no está en la Biblia, cojudo!, dijo el sargento y le empujó la espalda con el tubo cañón de

su fusil. Astuto, el soldado no reaccionó a la provocación; simplemente volvió a arrodillarse, sin hacer caso de ese polvillo omnipresente del Chaco que ahora le manchaba el uniforme. Déjeme hablar a mí, sargento. Frunció el ceño, pero obedeció al instante. Le ordené que maniatara al prisionero. Luego, los tres, fuimos caminando hacia donde estaba el grueso de nuestro ejército, no queríamos encontrarnos con alguna patrulla enemiga. Mientras nos alejábamos, yo pensaba. ¿Será verdad lo que dice? ¿O es otro engaño pila? El instinto de conservación tiene una multitud de trucos bajo la manga. Había algo parecido a la sinceridad en sus ojos de niño. De ser ciertas sus palabras, no solo nuestras patrias nos hacían distintos, también nuestros papeles. Él y sus camaradas se empeñaban en cerrar las heridas que nosotros abríamos a golpe de metralla. Conté mentalmente mil doscientos sesenta pasos dobles. Habíamos ya viajado dos kilómetros del punto donde encontráramos a nuestro prisionero. Atención, dije. Alto. ¿Lo matamos aquí mismito, mi teniente?, dijo el sargento y se alejó un poco del paraguayo como para que no lo salpicara la sangre. Suelta al prisionero. Ah, caray, no me diga que va a creer en las palabras de este mañudo, dijo volviéndose hacia mí. Es una orden, rugí. El sargento me sostuvo la mirada. No, señor, dijo. Me le puse enfrente mismo. Así

que te me vas a insubordinar, cojudo, dije apuntando el revólver a su frente. El sargento bajó el fusil al suelo. Usted no es mi enemigo, teniente, dijo y procedió a descifrar los nudos que oprimían las muñecas de nuestro prisionero, protestando su rabia en aimara. ¡Pila aukka! ¡Kroru! El paraguayo estaba sorprendido por mi decisión. Apuntándole, por si acaso, le devolví el machete. Lárguese, soldado, antes de que me arrepienta. Gracias, mi teniente, dijo y sus pies desnudos aplastaron el suelo en una carrera polvorosa y feliz. No olvide recoger su flor de coco en el camino, le grité y la mirada que me clavó el sargento solo es posible calificarla de felina. En ese momento no supe si obré bien o no. Yo sabía que si el pila daba aviso a sus camaradas, una patrulla podía salir a perseguirnos. No quise correr riesgos, así que de inmediato trotamos en dirección a nuestro campamento, bajo un sol que se negaba a rendir sus brasas ante los primeros soplos fríos que ya emanaba la noche. Tiempo después, fuimos parte de esas dos divisiones que se rindieron ante el claustrofóbico cerco en el que el ejército de Estigarribia nos encerró en Campo Vía. El sargento y yo continuamos nuestras vidas como prisioneros de guerra en Paraguay. Junto con otros cientos de soldados capturados, trabajamos en la construcción sudorosa de caminos. Los años fueron pasando en tanto se

realizaban las lentas gestiones para el intercambio de prisioneros. Nuestra patria parecía tan lejana, como si estuviera ubicada en otro planeta. Vivimos varias navidades en ese país extranjero y me congratulé por haber creído en la palabra de aquel pila y por haberle perdonado la vida. Estuve acertado, porque pude comprobar que en los pesebres paraguayos la flor de coco está siempre presente, aportando su aromada sonrisa de dientes amarillos.

ENCUENTRO

Entre los oficios de alto riesgo, el de patrullero lleva la delantera. Solo baqueanos, personas muy bien preparadas, pueden estar a la altura para desempeñarlo. El patrullero debe ser cauteloso, tiene que poder soportar largas caminatas y saber desenvolverse en la espesura del monte. Los patrulleros son de una importancia clave en esta guerra. Ellos proveen información sobre la ubicación y los movimientos del enemigo. Constituyen la avanzada: antes de mover el grueso del ejército hacia un lugar, ellos hacen el recorrido y dan el visto bueno. Se juegan la vida, están expuestos a las emboscadas, a los encuentros frontales con otras patrullas o con el ejército enemigo. Lo normal es que vayan a explorar en grupo. Pero hay ocasiones en que, los mejores, se lanzan solos a la aventura. Este es el caso de Alvarenga, que a sus aptitudes naturales para ser un patrullero *pyrũ vevúí*⁶⁷ suma una puntería envidiable con el fusil y un manejo sobresaliente del machete. Usando exclusivamen-

⁶⁷ De pisada suave y ligera.

te las manos puede capturar un yacaré: le arroja una tela sobre los ojos, después lo sujeta con las piernas y usando el peso de su cuerpo inmoviliza al reptil para finalmente atarle la boca. Se lo ha visto hacer eso en varias ocasiones.

Alvarenga inició su misión en la mañana y no ha dejado de caminar en todo el día. La noche chaqueña está ya poblada de sonidos. Él es un animal más. Se abre paso a machetazos. Al salir a un descampado, siente que alguien lo mira. Sucumbe ante esa sensación tan física de estar siendo observado, pero son ojos indetectables, porque, aunque inspecciona concienzudamente el lugar, no encuentra a nadie. La mente tiene sus trucos. Alvarenga continúa. En la tarde había dado caza a un *teju guasu*⁶⁸ y es lo que lleva en el bolso. Escucha el movimiento de un animal. Se trepa a un árbol. Apunta el fusil, por si se trate de un *jaguarate*⁶⁹. Salta. El *guasu'i*⁷⁰ quiere luchar por su vida, pero el machete de Alvarenga lo deja sin chance alguna. El almuerzo de mañana tendrá menú variado.

Continúa la marcha, es preciso encontrar un lugar seguro donde dormir. Se mueve sigiloso, los oídos atentos. Llega a un cañadón y percibe que la banda

⁶⁸ *Salvator merianae*, lagarto.

⁶⁹ *Panthera onca*, jaguar.

⁷⁰ Venado.

sonora de su caminata ha desaparecido: ya no cantan los pájaros nocturnos ni delatan su presencia los insectos bullangueros. Un paréntesis de extraño silencio se abre en la atmósfera cargada de malignidad. Un paso más y allí lo ve, sentado, la espalda colocada contra un algarrobo. Horror. Horror. Y otra vez horror. El pelo largo y abundante. El Pombero duerme en su sueño mitológico. A su lado hay numerosas botellas de *whisky*, seguramente robadas de la carpa de oficiales del ejército boliviano. A sus pies, partido por la mitad, un fusil Máuser cuya bayoneta calada brilla fantasmagóricamente a la luz de la luna. Ninguna nube mancha los fragmentos de ese cielo que muestra porciones de su poblada belleza por entre los resquicios de la vegetación persistente. El tenue fulgor lunar envuelve como un sudario el cuerpo ebrio del Pombero.

Un sudor frío recorre la frente de Alvarenga. Dentro del uniforme verde olivo hay piel de gallina, pelos de punta y un corazón que late aceleradamente. Alvarenga tiembla como una lengua, porque sabe que su fusil no le sirve de nada ante el duende protector del bosque. Se arrepiente de tener dos animales muertos encima. Es una pena que no tenga cigarros, *whisky* y que el de su cena haya sido el último panal de miel. Trata de serenarse. El Pombero duerme pro-

fundamente su borrachera de escocés destilado. Su respiración sombría le moviliza los alargados pelos del pecho. Alvarenga empieza a huir, despacio, con sumo cuidado para no pisar una rama seca, camina esquivando las carcajadas de las hojas mustias. Está ya a unos nueve metros cuando oye un rumor que crece en la distancia. Que no sea lo que teme, que no lo sea. Pero lo es: un avión Breguet boliviano en vuelo nocturno de reconocimiento deja notar su horrisona presencia. Alvarenga se santigua. Mira hacia el árbol y ya no está el Pombero, el velludo durmiente.

Adiós silencio y cautela. Alvarenga corre para alejarse del epicentro del espanto. Son muchos, quizá quince minutos de carrera enloquecida. Respira. Se siente a salvo. Los insectos y las aves nocturnas vierten una enervante lluvia dodecafónica que a él, sin embargo, lo tranquiliza. Se da cuenta de que en el apuro abandonó el bolso con la carne. No importa. Mañana cazará otro animal para el almuerzo. Mira a su alrededor. El silencio es amenazante. La luna y el color de su cara se sincronizan. Entonces oye el piar solitario de un pollito y enseguida sus escalofríos son acompañados de un silbido helado que se mete como flecha en sus oídos.

RECTAS COPLANARIAS

No hay olvido para mí. El paisaje que veo a diario solo me trae recuerdos de esa tarde. Una y otra vez. Esa odiosa tarde. Cinta de Moebius de la tortura. Las trincheras estaban ya muy cerca, a poco de darse un beso fúnebre. El intercambio de disparos con los bolivianos era incesante; los fusiles llenaban el monte con su diálogo telegráfico. La tierra de nadie, ese territorio neutral entre las dos trincheras, tenía su aire atravesado por las entrecruzadas líneas rectas de los proyectiles. Pronto iba a llegarse al combate cuerpo a cuerpo. Sabíamos que la orden del capitán no tardaría. Soldados, icalar bayonetas! ¡Al ataque! Las bayonetas, pendencieras y ávidas de sangre, ya casi anticipaban su hundimiento en la carne enemiga; nuestros machetes estaban prestos para cercenar miembros, abrir heridas, para carpir como en una chacra.

Colocado a mi derecha y preso de la euforia, Celso disparaba su fusil sin apuntar demasiado. En realidad, ese era el modo en que lo hacíamos todos. No podíamos ver al oponente, solo apuntábamos hacia la

otra trinchera y arrojábamos los *kavichu pochy*⁷¹ de la muerte con la esperanza de que se estrellaran en la humanidad de nuestro enemigo del altiplano. Era la velocidad el elemento que diferenciaba notoriamente a Celso del resto de nosotros. Vaciaba su fusil y sin perder el tiempo lo atiborraba de balas para enseguida volver a hacer flotar los proyectiles mortíferos. Un leve brillo de demencia latía en sus ojos.

Él y yo éramos casi hermanos. Crecimos en el mismo barrio y eso representa muchísimo en las situaciones límite. De niños jugábamos en las calles: balita, *ojavéa*⁷², pandorga, partido, trompo, *tuka'ẽ kañy*⁷³. Los períodos de vacaciones solíamos vivirlos en la estancia de su abuelo. Allí hablábamos en guaraní con los peones, recorriamos a caballo este suelo que entonces nos tocaba defender, cazábamos aves: los dos teníamos mucha puntería con la hondita.

Cuando la guerra llamó a nuestras puertas, no dudamos. Sudamos uno al lado del otro en el Centro de Acantonamiento Militar N° 1 de Sajonia. Tuvimos la fortuna de terminar en el mismo pelotón y de batallar siempre juntos. Nos defendíamos mutuamente cuando algún camarada quería hacernos de menos por

⁷¹ Avispones enojados.

⁷² Juego que consiste en arrojar monedas hacia una pared, gana el que se acerca más a ella.

⁷³ Juego de las escondidas.

nuestra condición de asuncenos. Con golpes de puño obteníamos respeto, demostrábamos que se equivocaban quienes nos llamaban señoritos o *pire pererĩ*⁷⁴. Sufrimos en Boquerón y vivimos mil peripecias en los áridos terrenos chaqueños sobre los que la muerte revoloteaba como un ave de rapiña.

Allí estábamos otra vez, hombro con hombro, disparando al enemigo bajo ese sol que enloquecía el mercurio de los termómetros y ponía en escena las metamorfosis sin pausa de los espejismos tenues. Vi a Celso borrar con la palma de la mano derecha el sudor que le coronaba la frente. Su fusil quedó otra vez ahíto de proyectiles. Y entonces, lo impensado. Algún desconocido mecanismo se activó en su cabeza, una repentina locura hizo que Celso saltara de la trinchera y se pusiera a disparar erguido como si vistiera una armadura o un escudo que lo tornara invulnerable. Lanzando palabrotas y balas pudo avanzar unos doce metros de nuestra trinchera. Un disparo lo derribó. Grité. Proyectiles de plomo invadieron el cuerpo de Celso. Cayó de rodillas. El fusil saltó de sus manos y aterrizó sobre una indolente planta de caraguatá. Otras balas bolivianas impactaron en su cuerpo y lo movieron sobre el suelo reseco. Quedó inmóvil, irremediabilmente muerto. Todos empezamos a dispa-

⁷⁴ Piel blanda.

rar desenfrenados, al ritmo que nuestro camarada llevaba cuando aún era un número entre los vivos.

No podía dejarlo allí en la tierra de nadie. Era más que un hermano. Decidí ir de inmediato a recuperar su cadáver. ¿Peligroso? Por supuesto, pero la decisión estaba tomada. Pedí a mis camaradas que cubrieran mi incursión, aunque ello no iría a cambiar en mucho lo que ya estaban haciendo. Doce metros no eran tantos. Abandoné la trinchera y fui moviéndome en una penosa marcha rastreadora. Serpiente verde olivo. En ambas direcciones, las balas silbaban su tonada mortal sobre mi cabeza. Llegué hasta el cadáver de Celso, era mi deber darle un entierro digno, tallar una cruz de quebracho cuya belleza fuera proporcional al coraje de mi amigo de infancia.

A pesar de que el estar tirado en el suelo me convertía en un blanco difícil, los bolivianos iban ubicando su plomo cada vez más cerca de mi anatomía. Fui arrastrando el cadáver de Celso entre la vegetación indiferente que tapizaba la tierra en disputa. Me movía primero yo y luego estiraba sus piernas; la maniobra recordaba al movimiento peristáltico de una víbora. Tardé siglos. Cuando estuve a un metro de la trinchera, sorprendí otro cadáver paraguayo tumbado bocabajo. No lo había visto en el viaje de ida. Mejor, me dije. Podía llevar a dos por el precio de uno. Ya

podía intuir una medalla al valor. Lo volteé. El cuerpo tenía mi cara. Era yo el que estaba muerto allí; una rosa caliente y sanguinolenta crecía sobre mi pectoral izquierdo. No había pasado mucho tiempo de mi muerte, porque la sangre estaba sin coagular, se la veía vitalmente roja, todavía ignorante de que las cosas habían cambiado para siempre.

Me paré. Asomé la cabeza en la trinchera y vi sangrarse a algunos de mis camaradas. El cabo Centurión, con la cara desfigurada por el horror, explicaba a nuestro superior que una mano invisible acercó el cadáver de Celso hasta nuestra trinchera. *Ombotyryry la teõngue*⁷⁵, mi teniente. *Ha kóape katu ombojere*⁷⁶. Su dedo me señalaba. Y no fue sino entonces que lo vi a poca distancia. Celso caminó hasta mí, parsimonioso, ingrátido. Lo entendí todo de golpe como en una revelación onírica: ya solo éramos unos malditos fantasmas. Miré una vez más mi cuerpo tumbado y no sentí pena por mí. De a poco fui divisando a los otros muertos, se acumulaban en ambas trincheras, algunos solo miraban desde los lugares donde los había sorprendido la muerte, sentados al lado de los que fueron sus cuerpos, como sin comprender todavía del todo lo que acontecía. Otros se nos fueron acercando,

⁷⁵ Arrastró el cuerpo.

⁷⁶ Y a este lo volteó.

líneas rectas que se aproximaban. Círculo vaporoso. Reunión de fantasmas en la tierra de nadie. Expectantes. Paraguayos y bolivianos nos supimos condenados a permanecer para siempre en el nuevo plano, a recordar una y otra vez nuestra batalla postrera. Superposición. Un plano encima de otro, como una hoja de papel bañada en aceite. Nadie dijo nada. Nos medimos con la mirada. Al parecer, ninguno tenía dotes de líder.

Celso, que evidentemente seguía poseído del rabioso fuego de sus últimos minutos de vida, no tardó en trazar en el aire una línea recta, con su puño fantasmal lanzó un golpe directo a la mandíbula del espectro que portaba el uniforme de color caqui más cercano a su posición. Las leyes de la física de alguna forma todavía regían allí, porque el golpe lanzó al soldado enemigo a un par de metros del epicentro del puñetazo. La crispación fue generalizada. Sin saber exactamente qué hacer, quedé un momento paralizado. Fueron solo milisegundos de dubitación, porque al instante volví en mí e hice lo propio con el boliviano que tenía en frente: la función debía continuar.

LA ÚLTIMA CENA

Es el 28 de setiembre de 1932 y en el fortín Boquerón, los sitiados, en indiferente mezcla de oficiales y soldados, minimizados tras la veintena de días de resistencia ante un enemigo muy superior en número, se ubican en donde pueden y comen el rancho que esta noche consiste en un caldo de arroz en el que los trozos de carne flotan como islas recién creadas por la líquida furia de un volcán marino, el olor del rancho, piensa el soldado Sulca, se superpone al de la fetidez de los muertos, aunque para decir verdad hace ya rato que ese olor que despiden los cadáveres hinchados a la intemperie del fortín y el que generan los muertos paraguayos postrados en la tierra de nadie y que viene transportado por el viento como esporas venenosas, se les hizo normal, natural, como el aroma de un palo santo, un toborochi o el de la flor del cactus, ya tienen incorporado en la nariz el olor de los cuerpos insepultos y orbitados de moscas y el de la pólvora letal y el de las granadas calientes, incesantes, y de repente Sulca deja de masticar, mientras una sensación

que se parece al vértigo pero que más probablemente se trate del asco, se apodera de él cuando ve la boca abierta de un camarada y esa imagen le recuerda al galpón obscuro donde están hacinados los enfermos, con las bocas abiertas de las heridas empotradas en sus anatomías habitadas de gusanos y rellenas de larvas de insectos, pero es solo un tiempo corto el que se detiene para luego continuar disfrutando del manjar, del abundante y calentito caldo, y no se pregunta cómo es que se pudo conseguir agua a pesar de que los pilas tienen varias armas automáticas regladas sobre el pozo de abastecimiento en el que hacen guardia permanente los fantasmas mediterráneos, mientras mastican, Sulca y sus compañeros pueden olvidar de repente, nada más por un momento, la deshidratación, la proliferación de piojos en ese matadero humano que es el fortín y la avitaminosis, todos comen, aunque siguen llegando sin cesar las explosiones desmoralizadoras de los Krupp, las granizadas de plomo bajan sin pausa, pero al menos ya no lo hacen los proyectiles 105 en esos vuelos mortíferos que levantaban polvo y vidas al unísono, algo es algo, es tan diferente a masticar el cuero tostado de mulo, comenta Sulca y el soldado que está a su derecha asiente sin dejar de comer, mientras otros camaradas que también lo oyen no reaccionan a la frase, y es una pena, porque

aquí todos están signados por la misma desgracia y debería existir camaradería absoluta, una sola voluntad, lo que sí todos saben que en la reciente reunión de la oficialidad se decidió entregar la plaza al amanecer, porque ya han cumplido cabalmente con la patria en esa resistencia, aleación de esfuerzo sobrehumano y determinación, además están conscientes de que es el fin porque se escuchaban cada vez más cerca las polcas épicas de los pilas, “Cerro Corá” y “Campamento Cerro León”, y los gritos de *añamemby*, *añarakópeguare bolís*¹¹⁸ y viva el Paraguay suenan ya casi a tiro de piedra en todos los flancos, mientras comen ignoran de manera unánime al avión que deja caer sus bultos con víveres y municiones en medio del nutrido fuego guaraní que trata de darle caza y ven, ya sin la rabia y sin la envidia de antes, cuando los pilas se apoderan de los paquetes y celebran su contenido, Sulca y los demás héroes saben que fueron más allá de todo límite y que vendieron muy cara la derrota, que la patria no les puede reclamar nada, muy por el contrario, que son los vencedores morales, que Boquerón va a ser para los paraguayos una victoria pírrica y que se rinden solo por haber quemado ya el último cartucho, pero aun así Sulca no puede evitar un sentimiento de infinita tristeza cuando ve los mosquiteros

¹¹⁸ Hijos del diablo, malditos bolivianos.

y otras prendas blancas de la rendición preparados ya para flamear con las primeras luces del sol, esas telas que van a dar a la batalla su final, trapos que van a dar fin al asedio y nos van a hacer libres, se dice Sulca, aunque luego discurre en que a pesar del cautiverio en el que están sometidos dentro de los límites del fortín, es ahora cuando son realmente libres, porque al amanecer, si bien se van a librar del cerco de hierro, también van a convertirse en prisioneros de guerra, aunque, continúa hilando su pensamiento, es la última carta que tienen porque desde hace días que no son más que autómatas que solo saben presionar el gatillo como un acto reflejo, menos humanos que animales, estólicas marionetas de Pávlov, cada una con decenas de muertos en la espalda, se va a terminar la pesadilla, acabarán los zarpazos del hambre, la asfixia incandescente de la sed y las excursiones nocturnas a la tierra de nadie para robar caramañolas y galletas de los muertos de mortaja verde olivo, se guardaron lo mejor para el final, una última cena como gratitud al sacrificio desplegado por todos, piensa Sulca y entonces, él y sus compañeros, ven que dos camaradas, espectros macilentos al igual que ellos, el teniente Lozano y el cabo encargado de la cocina, caminan entre los que están cenando, se mueven muy despacio, primero el cabo y, detrás de él, el teniente, y los ven

acercarse y hablar, pero Sulca no escucha el diálogo porque todavía están lejos, aunque puede ver que el teniente Lozano lleva un plato en la izquierda y gesticula y que el cabo voltea, dice algo y avanza mohíno, mientras más se acercan a su posición Sulca puede ya escuchar porciones del diálogo, y se entiende que el teniente pregunta por el color de los uniformes, que solo quiere saber eso carajo, y el cabo no responde, mientras todos los ojos enfocan y notan que hay lágrimas en las mejillas del teniente y no así en las del cabo que se muestra resistente a la orden que le da un superior, pero se sabe que las jerarquías son ya una mera formalidad a esas alturas, pues esos hombres están hermanados por los padecimientos comunes, y entonces pasan frente a él y Sulca escucha claramente que el teniente pregunta si se trata de bolivianos o de paraguayos, pero el cabo sigue sin contestar y los dos se van alejando y, aunque lentos, se pierden de su vista y Sulca cesa súbitamente todo movimiento, reflexiona tres o cuatro segundos, y después vuelve a masticar y hace como que no se da cuenta de que el trozo de carne que en ese momento oprime entre sus molares tiene la cartilaginosa consistencia de una oreja.

Y V Y ' A

Si bien el hálito abrasador del mediodía caía del cielo, su omnipresencia daba la sensación de que brotaba de la tierra misma, de que atacaba desde imposibles flancos dimensionales, incendiando por igual a hombres, plantas y animales (en poco tiempo más lo harían también las bombas enemigas). En ese entonces, la guerra empezaba apenas a deshojar su segundo año y no se avizoraba un pronto final. Había calma en el campamento. El soldado de Infantería Leiva formaba la fila con sus compañeros de tropa, sin saber que pronto vería las imágenes que muchas veces más volverían a repetirse para embrionar pesadillas en su cabeza. Todos aguardaban el acceso a su “ración de hierro”. Conversaban, reían, como si la guerra no fuera algo que los implicara sino solo un rumor lejano, algo que hacen los otros. Ignoraban que la alegre burbuja de esa calma estaba condenada a no durar.

Los aviones que se pintaron como aviesos puñales entre las nubes ruidosas convirtieron al campamento en epicentro del infierno. Cayeron las bombas y le-

vantaron por los aires camiones aguateros, árboles, depósitos de víveres y cuerpos humanos, sin hacer distinción alguna de rangos militares. El ataque, en escuadrillas sucesivas, fue prolongado y con saña; no hubo tiempo de que alguien se pusiera al mando de los cañones antiaéreos Oerlikon tomados de los bolivianos. Las aeronaves desovaban su carga mortal y cuando volaban bajito dejaban oír el *hu'u jagua*¹³¹ de sus ametralladoras. El suelo se llenaba de zanjás y de humo el aire. Reacción en cadena de la desesperación. Alegría pretérita. Los prisioneros gritaban y sacaban sus extremidades por entre las hendijas del local en el que estaban hacinados; algunas manos agitaban pañuelos, trozos de mosquitero, cualquier fragmento de tela blanca, pero de nada les sirvió: fueron masacrados por sus propios compatriotas.

En confusión, los uniformes verde olivo corrían hacia todas las direcciones para intentar resguardarse. Imperio del polvo y del humo. Varios soldados buscaron el amparo del monte, Leiva entre ellos. El escudo verde dificultaba la visión desde el aire, pero de igual modo las bombas hicieron sentir su presencia metálica entre las ramas. Verde y fuego. Todo era polvareda y adrenalina. Fue un ataque sorpresivo. Menos de quince minutos precisó el escuadrón ene-

¹³¹ Tos convulsa.

migo para trasquilar el sosiego y regar el perímetro de caos y de muerte. Leiva se había integrado al ejército un mes atrás. De su natal *Aña retãngue* fue transportado hasta el teatro de operaciones. Tuvo que ir de *Aña retãngue* a *Aña retãite*: de la antigua patria del diablo a la genuina patria del diablo.

Cuando las aeronaves se marcharon, unos pocos soldados salieron de sus escondites en diversas partes del monte, y fue allí que Leiva tuvo contacto por primera vez con las imágenes que después volvería a ver demasiadas veces en su cabeza. Devastación. Sembrado de cadáveres el campo de Marte. Se veían, por todas partes, heridos que gemían como cerdos degollados mientras sus anatomías eran recorridas por rojos y espesos ríos; soldados fragmentados clamaban por un tiro piadoso; pequeños incendios deglutían lo poco que había conseguido mantenerse en pie. Se respiraba pólvora, sangre y carne chamuscada. En un pestañeo, el árido suelo chaqueño había dado cuenta del agua atesorada por los volteados camiones Ford.

Fueron cuatro los hombres que regresaron al campamento de entre el infierno verde, y cuando lo hicieron vieron a un enfermero que, en forzosa bilocación, atendía a los heridos. Buscaron al mayor. Estaba muerto. Fueron por el segundo al mando. Lo encontraron en el puesto de comando, horizontal bajo una

puerta. El capitán parecía dormido. O muerto. Leiva se acercó a él y notó que respiraba. Lo sacudió con cuidadosa vehemencia. El capitán volvió en sí, con el rostro desencajado de quien abruptamente despierta de una pesadilla. Poco a poco, la realidad entró en su cabeza o su cabeza entró en la realidad. Lo ayudaron a incorporarse, tenía la mano izquierda destrozada. Su uniforme estaba empapado, pero muy poca de esa sangre era suya. Enseguida, al saberse el oficial sobreviviente de mayor rango, asumió su porte de superior, fingió indiferencia ante los trozos de carne y piel que colgaban de su brazo como los flecos de una pandorga y procedió a una rápida evaluación de daños.

Sin comida ni agua. Escasos sobrevivientes. Sin comunicación con el comando de Isla Po'i. Aislados. El capitán les dijo que la única solución era que los cuatro soldados fueran a buscar agua, porque no esperaba la visita de otros camiones hasta dentro de dos semanas. Que quizá en el camino pudieran dar con otra parte del ejército para enterarlos de lo que había pasado y solicitarles ayuda. Que el hambre se podía aguantar mucho tiempo pero que sin el agua no se dura casi nada. Uno de los soldados, hijo de tierra chaqueña, sugirió al capitán que emprendieran la búsqueda de *yvy'a*. Leiva miró a su camarada con curiosidad, pero se guardó la pregunta. El capitán

asintió con la cabeza, dijo que la idea era buena y que el agua de los *yvy'a* podía servir para que aguantaran hasta la llegada de apoyo. Ordenó entonces que tomaran las mejores armas, que las cargaran a pleno y que se hicieran también con unas bolsas en las cuales almacenarían los *yvy'a*. Recalcó que ellos eran la única posibilidad de salvación que tenían sus camaradas heridos. Luego del “a su orden, mi capitán”, los soldados fueron a reunirse y el enfermero se enfrascó en la limpieza y el vendaje de la mano del jefe de campamento. Colocaron después, en improvisadas camas, a los pocos soldados que no estaban heridos de gravedad. El resto, con seguridad, no sobreviviría a la noche y no valía la pena darles atención, ni una bala siquiera. Solo los muertos descansaban, ya sin preocupaciones terrenales.

Los cuatro se alistaron. Limpiaron sus armas y las nutrieron de municiones. Tomaron prestadas las botas que los cadáveres ya no necesitarían y reemplazaron sus viejos calzados. Leiva se acercó al chaqueño, el que había hablado del *yvy'a* y le preguntó qué era aquello que irían a buscar. Su camarada, primeramente, lo miró a los ojos, clavó después la vista en el suelo y respondió con serenidad. Le contó que en el Chaco crece una planta a la que los lugareños conocen por *yvy'a*, lo que en lengua guaraní significa “fruto

de la tierra”. El vegetal, en la superficie no era más que unas ramitas *piru'i*¹³², unos escuálidos tallos a los que les brotaban hojas pequeñas. Era bajo tierra, sin embargo, donde mostraba su grandeza, era allí donde almacenaba el testículo herniado, un tubérculo subterráneo, levemente esférico, usualmente más grande que una pelota de fútbol, y en su esponjoso interior almacenaba agua. Leiva jamás había oído hablar de ese fruto, pero enseguida se lo imaginó como una enorme papa de la que dependía su propia suerte y la de sus camaradas.

Salieron del campamento para internarse en el monte. A machetazos fueron abriéndose camino entre la espesura. El chaqueño iba siempre adelante, aguzando la vista en busca de las señales del anhelado *yvy'a*. Con energía atravesaron la maraña. Muralla vegetal. Caminaban con cautela, dando trabajo al brazo y al diente del machete. El cilicio involuntario de las hojas de caraguatá cobraba peaje por el atrevimiento: desgarraba el verde olivo y rayaba las extremidades inferiores.

El sol se diluyó en el horizonte y dio paso a la noche. Decidieron detener la marcha y descansar, cada uno se acomodó como pudo. Leiva observó porciones de cielo entre las ramas del árbol que le servía de te-

¹³² Delgaditas.

cho; enviruelado de estrellas, podía apreciárselo hasta en los detalles más nimios. El cinturón tachonado de la Vía Láctea se le pintó como una esperanza, una señal de buen augurio. Pensó Leiva que ellos eran la esperanza de la gente que había quedado en el campamento destrozado. Era fuerza encontrar los *yvy'a* y regresar rápidamente junto a los camaradas. Las imágenes del bombardeo llenaron otra vez su mente hasta que se durmió y las transportó de la vigilia al sueño o a la pesadilla.

Amaneció y reiniciaron la marcha. Desde muy temprano, el calor los sumergía en su candente aliento. El sol los quemaba por fuera y la sed por dentro. La sed, reverberante fantasma que recorre el Chaco. El agua de sus caramañolas se había agotado. Necesitaban encontrar la urgente planta. Páramo inconmovible. Solo imágenes resacas por doquier. Se oyó, de pronto, un disparo. Todos se pusieron en guardia y empuñaron sus fusiles. Parapetados contra los árboles y con el dedo en el gatillo, aguardaron para dar un rostro al bulto que se movía entre la vegetación y que venía hacia ellos. Alivio. Era el chaqueño el que llegaba y traía sobre los hombros un *tagua*¹³³ al que había dado muerte de un certero disparo entre los ojos. Unánime celebración de la puntería del camarada. La

¹³³ *Catagonus wagneri*, pecarí del Chaco.

carne asada ayudó a que olvidaran el hambre, pero a la vez les hizo acordarse todavía más de la sed.

Tal como lo planearon, se movían casi en línea recta al campamento, para facilitar el regreso con las bolsas cargadas de *yvy'a*. Avanzaban bajo la afiebrada temperatura solar. El paisaje era complementado por insectos y gritos de aves. La marcha era lenta, pero sin pausas. No aparecía ni un sosia de la deseable planta; a uno el *yvy'a* tantálico se le antojó como una leyenda. Leiva se cuestionó sobre la posibilidad real de que existiera un vegetal cuya raíz fuera una cápsula de salvación para un hombre sediento. Todos anhelaban oír pronto el grito del chaqueño informando que lo había hallado y esperaban poder ayudarlo a extraer el tesoro, sacar ese jugoso tubérculo que, para ellos, en esos momentos, valía más que una exhumación de *plata yvyguy*¹³⁴, con sus ollas atiborradas de oro.

Los cuatro soldados estaban ya exhaustos y sedientos. Cayó otra vez la noche. Acordaron un orden para la vigilancia. A Leiva le tocó el segundo turno, por lo que se echó enseguida bajo un árbol y durmió. Paraguayos y bolivianos se enfrentaban en esa guerra, pero a la vez ambos enfrentaban al monte y al calor que tiene manos que estrangulan. El monte era

¹³⁴ Tesoro enterrado.

el enemigo omnipresente, con sus víboras, sus insectos y animales salvajes. Pero el calor tenía un instrumento devastador e infinitamente más eficaz: la sed intolerable. Con el fusil al hombro, el soldado al que le tocó el primer turno de guardia observó tranquilo lo poco que podía verse en esa obscuridad primigenia, mientras sus compañeros dormían.

De repente, percibió el suave levitar de unas luces amarillas entre la maleza, eran como luminosos dientes de león que arañaban socarronamente la tiniebla. El soldado se erizó de extrañeza primero y de terror después. Las luces cambiaban de forma, se movían entre las hojas como burbujas incandescentes, sin consumirlas. Creyendo que se trataba de algún artificio del enemigo, el soldado gritó y las atravesó de balas. Con el ruido, los demás despertaron y de inmediato se pusieron a disparar también, llenando los árboles con el odioso plomo. Las luces desaparecieron tan rápido como llegaron. No pudieron explicarse el origen. Se trataba tal vez de la pálida luz de los fuegos fatuos o quizá fuera la bioluminiscencia fraguada en las diminutas usinas químicas de los hongos. Luego de conversar un rato, volvieron a dormir. Todos menos Leiva, que mientras se preparaba para asumir la guardia, reflexionó sobre la naturaleza de esas luces

y sobre las tantas cosas desconocidas que había en el mundo.

Fusil al hombro, Leiva trepó a un árbol para empezar su turno. Apenas había acabado de ubicarse sobre la rama más gruesa cuando oyó múltiples pisadas: otra vez algo se movía hacia ellos. Descendió apresuradamente y alertó a sus camaradas. Una patrulla boliviana de exploración había oído los disparos y se dirigía hacia el epicentro de los mismos. No tardó el monte en perder sus sonidos característicos. Como breves luciérnagas, de entre las hojas y ramas se dejaba ver el pestañeo luminoso de las armas enemigas. Los soldados guaraníes respondieron al ataque. Era un intercambio de disparos entre lo oscuro. Ciegos contra ciegos. Escasa y descalcificada era la iluminación provista por la luna. La muerte y su aliento de pólvora. Pocos minutos duró el intercambio de plomo, pero ambos bandos lo percibieron como una eternidad.

Tan súbitamente como había iniciado, la lluvia de proyectiles cesó. En la refriega, dos soldados paraguayos se habían librado para siempre de la sed. Leiva y el chaqueño, sin dejar de apuntar sus armas hacia el frente, comprobaron la muerte de sus compañeros. En un arranque de rabia, el chaqueño volvió a barrer el perímetro con sus disparos, como si en sus

manos tuviera una ametralladora y no un fusil. Leiva le pidió calma, lo tranquilizó. Ahora quedaban solo ellos: dos fantasmas enfrentando la realidad. Amaneció. La demoledora luz solar iluminó el escenario de la escaramuza nocturna. A una treintena de metros pudieron ver los uniformes bolivianos manchados de muerte, cadáveres insepultos, uno de ellos tenía en la boca su hoja de coca a medio masticar; algunos intestinos abandonaron su reclusión añosa. Eran cinco los soldados que con la furia de sus fusiles habían arrancado la vida de sus dos camaradas. Con sus escasas fuerzas, Leiva y el chaqueño cavaron malamente unas tumbas y allí depositaron los cuerpos envueltos en verde olivo.

Caminaron unos pocos minutos y alcanzaron una aguada que rayaba los veinte centímetros de profundidad. Habían dormido no muy lejos de ella, sin darse cuenta. Pero el agua no la podían beber porque estaba llena de cadáveres en putrefacción. Una carnicería se había desatado allí hacía al menos una semana. Uniformes paraguayos y bolivianos cohabitaban esa aguada igualadora, sangre mediterránea y sudamericana era la que la teñía. Por más que la sed era para ellos, a esa altura, como una soga en llamas alrededor del cuello, cruzaron de largo. Sabían que beber allí significaría una muerte dolorosamente lenta.

Siguieron marchando. Sobre ellos gravitaba la angustia. Iban cortados por las ramas de árboles raquíuticos, rayados por la esgrima traicionera de las espinas. Estaban sedientos. Agua, obsesión vital. El dolor de cabeza, los calambres, el hormigueo en las piernas, la dificultad en la visión y otros efectos de la sed los trabajaban desde hacía ya rato. Ante la inclemencia del calor y la ausencia de agua, quebraban a machetazos la corteza de los árboles y les bebían la savia urgente. La sed era un subconjunto de esa guerra. Era una tragedia metida dentro de otra, como una muñeca rusa. Llegaron a beberse sus propios efluvios. En sus caramañolas repletas de orina colocaban porciones macheteadas de palo santo, para atenuar el olor a amoniaco y camuflar mínimamente el mal sabor.

La noche los cubrió con sus alas oscuras. Leiva intentó dormir, pero no lo consiguió; lanzaba torpes manotazos contra los mosquitos que orbitaban su cabeza. Se preguntaba por qué al chaqueño ya no le afectaba el intolerable *Doppler* de los zancudos que, descarados, hundían sus lanzas hipodérmicas en la carne guerrera. Al chaqueño ya nada le importaba. Ambos estaban exhaustos. La guerra hace que uno pierda su categoría de humano, anula, despersonaliza y convierte al hombre, paulatinamente, en bestia. Antes de dormirse, Leiva vio un pequeño bulto ne-

gro sobre el brazo de su compañero. Pensó que estaba sangrando, al acercársele entendió lo que pasaba. Era un murciélago que, conectado a su compatriota, lamía la sangre que brotaba merced a la labor de sus pequeños incisivos. Leiva tomó el bulto oscuro con ambas manos y apretó enloquecido, los dedos transmitieron su furia. Se oyó entonces un chillido y llegó después el silencio.

Con el ruido, el chaqueño despertó, se tocó la herida del brazo y lamentó su suerte. El murciélago le había sacado sangre, sabía que le esperaban la debilidad y la anemia. Leiva lo miró, mas no cruzaron palabras. Ya no harían guardias, ambos se rindieron al sueño. El cansancio vencía a la cautela. Al amanecer continuó la pesada marcha en busca de la planta que guardaba en su raíz un refrescante y vivificador cántaro de agua. El monte, un *tatakua*¹³⁵ sin paredes. El sol, que no les brindaba siquiera la esperanza falaz de los espejismos, exhalaba un aliento en combustión que al tocar el suelo volvía a ascender en espirales asfixiadas. Llamaradas tácitas. Había viento y arenas en el viento. Hasta los elementos parecían estar en contra de ellos.

Con un rictus amargo, el chaqueño dijo que habían ya marchado demasiado lejos del campamento y

¹³⁵ Horno artesanal, a leña.

que era mejor regresar. Leiva no contestó y continuó avanzando. Resignado, el chaqueño lo siguió. Caminaron un poco más y dieron con un descampado. Muchos soldados bolivianos estaban allí y venían hacia ellos. Se movían a duras penas, roídos también por la sed y la fatiga. Suplicaban “agüita, pila, agüita”. Otros, más decididos, se acercaron y trataron de quitarles sus caramañolas, pensando que estaban repletas de agua. La lucha que se entabló allí fue en cámara lenta, una pelea entre lánguidos fantasmas. Todos los contendientes eran menos hombres que espectros; exhaustos y afebrados, quebrados, embrutecidos por la sed. Piltrafas de uniforme verde olivo luchando contra andrajosos uniformes caqui. Leiva disparaba y tumbaba marionetas estólicas; el chaqueño abría fuego, pero, de cuando en cuando, también hacía volar el zumbido acéfalo del machete.

El duelo de sombras prosiguió con lentitud exasperante. En un lance de la lucha, al chaqueño le dispararon en la cabeza y cayó muerto. Tres soldados bolivianos se disputaron su caramañola reseca. A Leiva no le costó hacer blanco tres veces. Avanzaba hacia donde había caído su compañero cuando llegó la mordedura a su espalda: un balazo que partió de uno de los bolivianos desparramados en el suelo. Leiva giró con dificultad y despachó al tirador. Un

tendal de muertos fue el saldo de ese encuentro. Con trabajo, Leiva se acercó al cadáver de su compañero, vio el agujero en su frente y recordó perfectamente la cabeza del chanco montés que habían comido días atrás, cuando todos estaban todavía vivos y tenían la convicción de que iban a regresar al campamento con las bolsas repletas del fruto de la tierra, del *yvy'a* miserable que no aparecía por ninguna parte. Miró una vez más a su camarada y le envidió su descanso.

La herida en su espalda parecía no haber comprometido ningún órgano vital, pero lo desangraba a cuentagotas. Cortó un uniforme boliviano y se envolvió horizontalmente el torso, en un intento por detener la hemorragia. Entendió que no valía la pena desperdiciar las escasas fuerzas que le quedaban en sepultar al chaqueño. Decidió desandar el camino y regresar al campamento, con las manos vacías, pero vivo. Tal vez ya habían recibido refuerzos. Volvió sobre sus pasos, fatigosamente, descansando a ratos. La tortura de la sed era como una condena exagerada. Masticó las hojas de una planta, chupó algunas raíces, mordió un cactus diarreico. Pernoctó. Se soñó al mando de un camión rebosante de agua exprimida de *yvy'a*, con una entrada triunfal al campamento. El crepúsculo de la mañana le dio fuerzas para continuar el retorno. Cruzó cerca de la aguada de los cadáveres

y tuvo la tentación de hundir la cara en ese líquido sanguinolento y terroso.

Resistió, bloqueó sus oídos al canto de esa sirena de pantano. Continuó caminando. A lo lejos, como bajo tierra, se escuchaba el diálogo de los morteros y el crepitar de las ametralladoras. Le dolía la herida. Sus pasos hollaron el rubio y seco espartillo, con lánguida firmeza se enfrentó a la aridez del paisaje que ya había visto en su camino de ida. *Déjà vu* de la amargura. La deshidratación, el cansancio, la insolación, la herida de bala o todo ello junto empañaban ya su sentido de la realidad. Le parecía ver las cosas como a través de un vidrio, como si esas cosas no le estuvieran sucediendo a él sino a un actor y donde él no era más que un cómodo espectador en busca de catarsis. Le dolía hondamente la herida, pero más le dolía el tener que regresar al campamento con las bolsas vacías, el defraudar la confianza de su superior. Caminó. Durmió. Despertó. Perdió la cuenta de los días y las noches. Su consigna era avanzar en línea recta para retornar al punto de partida.

Reconoció el lugar donde pasaron la primera noche. Se supo muy cerca ya del campamento. Caminó con dificultad y a la distancia vio varios bultos exangües sobre la epidermis reseca del suelo. Se aproximó, sacó el fusil del hombro y lo empuñó. No podía

creerlo. Sus ojos le mostraron desparramados entre la hierba numerosos *yvy'a*, algunos de ellos orbitados de insectos. Corrió hacia allí, enloquecido de alegría, miró a los pulposos frutos y le pareció que algunos le devolvían la mirada. Tomó una de las hirsutas esferas y con un golpe de machete la abrió como a un coco, el líquido vital brotó a presión y le empapó el raído uniforme, Leiva extrajo el contenido esponjoso y bebió de él, para llenar luego su caramañola con el preciado líquido. Uno a uno, fue decapitando a machetazos los *yvy'a* y los cargó en la bolsa.

Orgullo y gozo. Tenía la preciada carga y estaba demasiado próximo al campamento. Fue marchando, cada vez más despacio, víctima del cansancio y de la herida en la espalda. Iba arrastrando la bolsa con el utilísimo contenido, cuidadosamente, sabedor de su importancia. Siguió moviéndose a trancos dolorosos y torpes. Estaba cada vez más cerca. Avanzó esquivando los abrazos del monte y a corta distancia pudo ver la entrada del campamento. Una vez más, volvieron a su cabeza las imágenes del bombardeo sorpresivo de la aviación boliviana. Luego, la cabeza del chaqueño con el certero disparo en la frente se le superpuso a la del *tagua*, al que el primero había dado muerte. Se arrastró, llegó al campamento y con un tiro de fusil se derrumbó anunciando su retorno: *Veni, vidi, vici*.

El capitán y el enfermero oyeron el disparo. Eran también unas pálidas piltrafas en las que la vida se apagaba con prontitud. Vieron a Leiva y se le acercaron. El primero en llegar fue el capitán, se aproximó al cuerpo tendido y le sacó la desesperada caramañola. La sopesó y se alegró al encontrarla llena. La abrió y con ansias bebió dos grandes tragos. Instante tan esperado. De inmediato, escupió un líquido negro y espeso. Sin prestarle atención, el enfermero agarró la bolsa que Leiva había traído a rastras y la volteó. En estampida, varias cabezas de recorte militar rodaron sobre las arenas mustias. Furia. Decepción. Resignación. Pavor ante lo ya inevitable. El enfermero y el capitán se miraron con amargura. Este último tomó a Leiva por el cuello del uniforme y le reclamó su fracaso con toda la vehemencia de la que era capaz un muñeco macilento. Lo agitó con rabia, lo amenazó con descuereos sin fin, con degradación y consejos de guerra que le recetarían el fusilamiento inapelable. Pero el soldado Leiva, cuya boca portaba una tenue sonrisa triunfal, ya no lo podía oír.

FOJA DE SERVICIOS

El sol que aún se sacude los fragmentos de noche. Los soldados de impecable verde olivo. Las novias, amigos y parientes que los despiden en el puerto de Asunción. Los altavoces que se llenan de polcas épicas y de marchas militares. Las risas ingravidas. El orgullo y la alegría. *Taheja che ru, che sy, taheja opa ahejáva*¹⁵⁴. La vocinglería de los mercachifles. El olor calentito de las chipas. La anclada nave de la incertidumbre. La misa de despedida. La Virgen portátil. Padre nuestro que estás en los cielos. El murmullo ascendente de los rezos. La bendición al ejército, a la usanza vaticana. El final de la misa. La alegría y el orgullo. El soldado Brítez y su novia. El roce de los labios de Josefa. El beso nutritivo de Josefa. Los saludos militares. *Ha jarúne ave ko'ápe mas que sea ikangue kue*¹⁵⁵. La sirena apremiante. Los abrazos que se multiplican. Las promesas de amor eterno. La

¹⁵⁴ Dejaré a mi padre y a mi madre. Dejaré a quien sea. Letra de una canción de Emiliano R. Fernández.

¹⁵⁵ Y traeremos aquí al menos sus huesos. Letra de una canción de Emiliano R. Fernández.

inflexibilidad de una orden militar. El “todos a bordo”. Lo inexorable del deber para con la patria. Los deseos de pronto retorno. El abordaje en fila india de la cañonera “Paraguay”. El hombre de la cámara que da instrucciones. La foto grupal. *Morituri te salutant*. Los camalotes flotando en su holgazanería errabunda. Las interrogantes sobre el teatro de operaciones. El hombre que pesca en la orilla adormilada. El río y su movimiento continuo. La cara de un capitán que da órdenes. El sol inmisericorde. Las poblaciones ribereñas. Las islas deshabitadas. La riqueza vegetal. La herida del horizonte agusanada de pájaros. El insomnio, ese demonio. La lentitud desesperante. El cielo y sus condecoraciones. El solitario cuerno de la luna. Un oficial que fuma en la cubierta. El recuerdo de la cara de Josefa. Los senos apretados. El deseo. El sexo de Josefa. La litera estremecida. El estruendo mudo. El bajo vientre asperjado. La orden de levantarse. El ruido atropellado de centenares de botas. Un disco de fuego espejándose en el agua. El himno efervescente. La sinuosa bandera paraguaya. El jarro lata con cocido y la pétrea galleta cuartel. El desembarco en Puerto Casado. Una estación de tren. La incertidumbre en un rostro recién llegado. En otro. En todos. La fila de soldados *verde'o*¹⁵⁶. Los oficiales dando

¹⁵⁶ Verde olivo, color del uniforme del ejército paraguayo.

órdenes. El Chaco: convulsionado trozo de mapa. La polvareda multitudinaria. El viento atarantado. Los paratodos y algarrobos. El chaleco de un oso hormiguero, *arbiter elegantiarum*. Los pies en la batalla. El cerco a Boquerón. La muerte que hizo sus nidos. Las ametralladoras bolivianas que despedazan la carne. El tronar de los morteros guaraníes. La heroica obstinación enemiga. El estéril estrellarse contra un muro de fuego. El resistir hasta el último cartucho. La página de gloria. Los paracaídas que acercan víveres. La noche que los desorienta. La captura de productos enlatados. El amanecer del 29 de setiembre. Los trapos blancos de la rendición. La victoria pírrica. La victoria al fin. La continuidad de la marcha. El jugarse la vida en otras batallas. La insensibilización avanzada. La llegada al campamento. El agua estacionada en los camiones. Los soldados más antiguos. Las miradas insondables de los soldados más antiguos. La presentación ante el comandante. Arenga. El discurso que sincroniza voluntades. Los aprestos para el combate. La animalización progresiva de los hombres. La añoranza. El deseo de regresar a casa. Madrecita linda. El angustioso arrastrarse de los días. La ración de hierro en el campamento. Los aviones que llueven sus bombas sorpresivas. El temor a morir. El ocultarse entre lo verde. La visión de la sangre. La eternidad

en 15 minutos. El alejarse de la aviación enemiga. El regreso al campamento. El horror. Los pedidos de auxilio. Los gritos de dolor. Las súplicas de un balazo. La bilocación forzada del enfermero. La búsqueda del mayor. Su cadáver desfigurado. La búsqueda del capitán. La puerta sobre la espalda del capitán. La orden de alistarse y salir en busca de *yvy'a*. Los vientres vegetales preñados de agua. El enfermero que venda una mano. La marcha de la esperanza. El dormir en el monte. La silbatina insoportable de los pomberos. La química potente de los insectos. La deliciosa carne de un *tagua*. Un paréntesis de bonanza. El fruto esquivo de Tántalo. El grito del camarada. Su fusil disparando contra unas luces flotantes. El temor a lo desconocido. El plomo combatiendo la extrañeza. La desaparición de las luces huidizas. La selva que vuelve a recuperar sus sonidos. Las cuadrillas de mosquitos. El cambio de guardia. La voz que desde el árbol anuncia pisadas. El soldado Brítez otra vez. Su respiración entrecortada. Los disparos que agitan la espesura. Los gritos de “¡viva Bolivia!”. El instinto de conservación. El pavor ante la premonición del fin. Las llamitas encendidas entre lo verde. El humo fantasmal de los fusiles. La muerte y su aliento de pólvora. El contacto espasmódico del índice con el gatillo. El miedo a morir súbitamente tatuado en el rostro del soldado Brítez. El

fragmento de plomo que anida en su pecho. La flor de caraguatá que le empapa el verde olivo. El agujero minúsculo por el que escapa su vida.

ÍNDICE

Prólogo.....	7
<i>Fantasmario: La Guerra del Chaco o se requiere más valor para sufrir que para morir</i>	9
El nuevo cofrade	31
Deshora.....	43
Intratable	49
El Cid Estigarribia	55
Flor de coco.....	61
Desplazamiento del campo de batalla.....	67
La sentencia	79
Mejor así	85
Encuentro	93
Rectas coplanarias.....	97
Recordando al soldado Vargas	103
La última cena	111
Saldo positivo	117
Visión	123
El motivo.....	129
Yvy'a.....	135
Un secreto	153
Foja de servicios	161